

Marina Medina Poveda

Las ausencias
que me habitan



MilMadres

A Martín, mi hijo
A mi padre

Escribo contra el miedo. Contra el
viento con garras que se aloja en mi
respiración.

ALEJANDRA PIZARNIK, *Ojos Primitivos*

PRELUDIO
De gaviotas y peces

Él sostiene su mano.

Si alguien pasara por allí en ese momento vería a una pareja corriente, sentada en un sillón gris. Quizás le sorprendiera la altura del hombre. Puede que también se fijara en la abultada barriga de la mujer. Aunque en la sala de espera de una clínica ginecológica su barriga no tendría por qué llamar la atención de nadie.

Lo que nunca podría llegar a saber alguien que sólo pasara por allí es que, en ese preciso instante, el corazón del feto que ella lleva dentro late por última vez. Eso tampoco lo sabe la pareja. Ni siquiera el ginecólogo, que veinticinco minutos más tarde les dará la noticia, conocerá la hora exacta de la muerte. Eso es casi imposible de adivinar. Lo que, de momento, ambos saben es que esperan una hija y que se llama Jimena.

El hombre se llama Joki, es finlandés y es el padre de Vidal, el único hijo vivo de ambos. También es el padre de los Hijos Muertos. La mujer, Adriana, piensa en gaviotas y en peces devorados por ellas.

Adriana rememora la tarde anterior. Los tres. En la terraza. Ella, Joki y Vidal.

Nos gusta ver a las gaviotas lanzarse en picado contra el reflejo de plata de los peces en el mar, piensa.

La terraza de su casa es una atalaya desde donde pueden verlo todo. O casi todo. Porque ella lo único que quiere ahora es verse por dentro. Darse la vuelta como un calcetín y asomarse a su útero.

Aunque no lo verbalice por puro miedo o por pura superstición, ella no confía ya en su cuerpo. Se siente como uno de esos

peces de plata. Indefensa. En otras ocasiones, Adriana se sintió gaviota.

Él la mira con los ojos fijos en su rostro que hoy es claro y ojeroso. La conoce bien. Son ya más de veinte años. Son cinco embarazos. Sabe de sus noches de desvelo. Sabe que la cara se le ilumina cuando descubre su barriga redonda en el reflejo de un escaparate. También conoce su terror a las ecografías tras su primer aborto. Vidal tenía casi tres años. Esa fue la primera vez que oyeron La Frase: No hay latido. No fue la última. Ni lo será, pero eso todavía nadie lo sabe. Mara, se llamaba esa hija.

Cualquier persona podría tachar a Adriana de insensible si, en ese instante, la juzgara por el hieratismo de su rostro. Pudiera ser. Un solo gesto de Adriana hacia su vientre, una caricia, una mirada, habría despejado la duda que un espectador ignorante, o mejor, escéptico, pudiera albergar sobre sus sentimientos maternos. Al fin y al cabo, pensarían, eso es lo normal en estas situaciones. Es lo normal en las mujeres corrientes en salas de espera de clínicas ginecológicas.

Pero Joki sabe bien que no hay insensibilidad en su gesto. Que lo que hay es pánico. Quizás un observador externo habría llegado a la conclusión de que ella no quiere al ser que lleva dentro. Alguien podría llegar a pensarlo, está claro.

Adriana no. Ella ahora piensa en Vidal. En que a estas alturas a él ya le había comprado ropita y también ese conejito blanco y suave con los ojos cerrados que, después de seis años, se ha vuelto más gris y menos suave. Dormilón le llaman. Recuerda que hace dos días su madre quiso comprarle a Jimena una mantita con nubes turquesa y que ella se enfadó por lo inapropiado de la sugerencia.

—Es demasiado pronto para hacerse ilusiones —le dijo. Su madre no dijo nada.

Lo que, en realidad, Adriana no quiere decir es que es demasiado pronto para que ella se haga ilusiones. Aunque, a

veces, y ella lo sabe, las ilusiones se le hacen solas.

Joki continúa su perorata sobre las probabilidades de éxito de un embarazo pasada la semana veinte.

—El riesgo de pérdida gestacional —a él no le gusta usar la palabra aborto— desciende de forma considerable a partir de esta semana.

Es consciente de que puede que ella no lo esté atendiendo. Que su mente divague por otros derroteros. Sabe que últimamente es habitual que ella haga eso. Cree que Adriana ha perdido la esperanza. O las ganas. Él no. Él sigue aguardando con ilusión cada ecografía.

A Joki, con los nervios le salen eccemas en las comisuras de la nariz. Pero los eccemas dejaron de importarle hace tiempo, igual que los nervios. No le molestan los nervios porque sabe que la pantalla del ecógrafo es el único contacto con sus hijos antes de nacer. Está seguro de que este embarazo va a ir bien. Tan seguro como lo estuvo todas las veces.

Adriana, por su parte, intenta no pensar en lo que, más tarde o más temprano pero con certera puntería, sucede delante de la pantalla del ecógrafo. Siempre menos con Vidal. Piensa en que apenas dos horas antes, en casa, su hijo le contaba que en el cole había hecho un dibujo de la familia. Que había dibujado a Jimena dentro de la tripa de mamá. Eso la hace sufrir indescriptiblemente. Piensa en que no quiere llorar demasiado pronto. Piensa en que no quiere defraudar a nadie otra vez. Ni a su hijo, ni a Joki. Ni siquiera a su madre.

Joki habla sin cesar.

—Todo va a ir bien, Adri. Hoy he visto en Internet que Jimena ya tiene el tamaño de una banana. —Ambos han preferido siempre las webs de embarazos en las que se compara al embrión o al feto con frutas y hortalizas que las que sólo hablan de medidas. Las frutas y las hortalizas son más tangibles.

—Ya estás en la mitad del embarazo. La semana que viene

será del tamaño de una calabaza pequeña. Ya verás.

Él no sabe qué Jimena nunca llegará a calabaza. Tampoco sabe que habla porque necesita convencerse de que todo va a ir bien. Todavía no ha averiguado que esa es su forma de aislarse del peligro. Tardará unos meses en darse cuenta. Para el Joki actual no tiene sentido preocuparse por algo que aún no ha pasado. Y, cuando pase, pensará que sufrir no les devolverá a Jimena. En eso, en el sufrimiento, ambos diferirán.

Nadie que observase a Adriana podría imaginar siquiera que sufre. Es extraño, pero pensarían sólo en que no se comporta como es debido. En que su aspecto no es el de una embarazada normal. Que carece del orgullo lánguido y confiado de las que se saben portadoras de vida. Como si esa carencia, por sí sola, pudiera decidir sobre la normalidad de una mujer embarazada.

Poco importa lo que otros, de pasar por allí, pudieran creer en ese momento. En cualquier caso, Adriana no lo piensa. En absoluto. De hecho, ella no tiene contacto con el exterior. No lo quiere. Quiere seguir ahí sentada:

Quiero seguir aquí sentada.

Pensando en su hijo. En su hija. En Todos Sus Hijos.

Adriana piensa que sus Hijos Muertos nacieron con tamaño de uva, de manzana, de aguacate y de granada. Frutas pequeñas. Que sólo Vidal llegó a sandía. Ella sabe bien que esa sensación de vacío no desaparecerá nunca del todo. No quiere saber más de lo que ahora sabe. Mejor, Adriana lo que quiere es irse a casa.

En ese preciso instante, Joki se engaña a sí mismo:

—Adriana, no hay nada que nos haga pensar que esta vez va a ir mal.

Cree ver un cambio en el gesto de ella. Cree ver que los músculos de la cara se le contraen levemente. Piensa que Adriana lo escucha. O, más aún, que lo cree. O, tal vez, que se ilusiona.

No sabe que, en realidad, el gesto de Adriana se debe a sus ganas de orinar. El útero, con la hija muerta dentro y la placenta y el líquido amniótico, aprietan su vejiga en ese instante. Sólo es eso. Pronto todo volverá a la normalidad. Con las semanas la presión del útero sobre la vejiga menguará.

Adriana no puede evitar pensar en La Frase. La que indica su fracaso. Luego, en la terraza de casa, volverá a pensar en ella. En la fórmula usada en esta ocasión por el ginecólogo para transmitirles la noticia. En su cabeza se pasará la vida intentando olvidarla. Cada vez diferente pero siempre la misma: No hay latido. No late. Se ha parado.

¿Acaso todas ellas no podrían ser una?, piensa Adriana. De no haber habido tantas hoy no estarían aquí.

Suponiendo que alguna persona pasara y mirara en ese momento a la pareja, vería como ella se levanta y él le susurra algo inaudible. Notaría lo hosco del gesto de ella y su aspereza al contestar.

—Necesito ir al baño, me va a reventar la vejiga.

Seguro que juzgaría que esas formas no son las esperadas de una mujer en su estado. Pero él sabe y ella sabe que es sólo miedo a La Frase. Que ella después le pedirá disculpas y él la abrazará fuerte. No saben que, además, ambos llorarán.

La enfermera anuncia su turno.

—Adriana, os toca, vamos a ver a esa niña.

1. Ensayo de niñez I

Hubo un tiempo en el que yo también fui niña.

La infancia es una parte decisiva de la vida. Aunque pueda parecer banal, nada de lo que sucede siendo niños carece de importancia. Yo entonces no conocía la palabra imprevista. Eso vino después. El léxico de los niños es limitado a los siete años:

Había una vez dos niños que se llamaban Héctor y Adriana. Adriana y su hermano Héctor vivían con sus padres en una casa blanca con ventanas altas y contraventanas venecianas de color verde. La casa tenía un jardín. Y un tejado con tejas verdes y un torreón de cristales de mil colores. A Héctor y a Adriana les encantaba jugar en el jardín. Héctor y Adriana eran dos niños buenos. No discutían nunca. Por nada.

Una hiedra inmensa ocultaba la fachada principal de la casa de mis padres con la excepción de la puerta de entrada y de las cuatro ventanas gemelas, idénticas: dos a cada lado de la puerta, condenadas a no encontrarse nunca. La puerta es alta y tiene un cristal amarillo y redondo en el centro. Para nosotros era un sol en un cielo verde musgoso que se partía en dos, periódicamente. De las cuatro ventanas, una era la del dormitorio de Héctor, otra, la del mío. Las dos restantes pertenecían al salón.

Porque la casa de nuestra infancia guarda una simetría externa que se prolonga al interior. Una simetría que nunca ha alcanzado a sus habitantes. La casa en la que Héctor y yo nos criamos fue la misma en la que se criaron mi abuela y su prima. Y luego mi madre y sus hermanas.

Delante de la fachada está el porche de losas de barro co-

cido y más adelante, la baranda negra en la que se enredan, estacionales y nocturnas, la madre selva y el jazmín. El lado izquierdo de la baranda, el que da al jardín, lo puebla una buganvilia de hojas verdes y magenta con florecillas blancas que se agarra al cable de la luz y atraviesa la calle hasta el patio de la vecina.

Nuestro jardín siempre ha tenido el aspecto perfecto de una selva en la que cohabitábamos con pájaros pequeños de alas fuertes y con libélulas vaporosas. Y con abejorros y escarabajos y eclipses y tierra: tierra seca y tierra húmeda. A Héctor y a mí nos gustaba esa coexistencia casi imperceptible. Sincrética.

Alguna tarde se nos podría ver a mi hermano y a mí colocar tres vasitos de yogur de los de cristal en el alfeizar de cualquiera de las ventanas que dan al jardín. Semilleros improvisados donde, bajo una capa de algodón deshecho y empapado, germinarían verdes y preciosos brotes de lentejas, de garbanzos y de judías. Luego, la mayoría de las veces, nos olvidábamos de ellas y acababan convertidas en un amasijo de algodón seco, parduzco y maloliente lleno de gusarapos y de mosquitas pequeñas que aprovechaban el despiste infantil para desovar.

Ese despiste que es pasar de una cosa a otra sin solución de continuidad y que es la esencia de la niñez. Como lo es la risa, como lo eterno. A mi hijo también le pasa.

Raras veces nos acordamos ya del escondite que Héctor y yo teníamos en el seto de cipreses que crece bajo la tapia este, fronteriza, alta y blanca. Entre el pozo cegado con tierra y la falsa pimienta llorona, donde el seto se ahuecaba, ahí, justo donde la tierra se hundía un poco y se hacía más plana, ahí, los niños nos sentíamos fuera de los márgenes de lo adulto. Era una oquedad vedada para nuestros padres. Fuera de las leyes de lo que debía ser. El hueco resultaba espacioso para nuestros cuerpecillos de siete años y para las lombrices lar-

gas y brillantes que habitaban esa tierra húmeda.

Cualquier tarde, también, se nos podría adivinar bajo el seto ojeando unos Don Mickey o jugando a las cartas o a que éramos animales en su guarida. Luego descansaríamos en nuestras camas, cenados, duchados y leyendo al abrigo de la casa blanca, del tejado verde, de la hiedra.

—Adriana, ve cerrando el libro, que es hora de dormir. Que mañana no hay quien te levante. Dile a tu hermano que lo cierre también. Y apaga las luces —diría mamá desde el salón cualquiera de esas noches.

De noche, las sombras de la jacaranda del patio de enfrente se proyectan en las blancas paredes de nuestras habitaciones de niños. Los dos hermanos dormiríamos entonces en nuestras camas de mimbre blanco, idénticas, con nuestras cabecitas apoyadas sobre las almohadas. Fuera, el viento alborotaría las ramas.

Nuestra madre nunca fue de sentarse en el borde de nuestras camas a espantarnos miedos ni a contarnos cuentos. Puede que porque nunca tuvo que hacerlo o porque nunca nadie lo hizo por ella. Para mí, de niña, la realidad aún existía en bruto. Tal cual. Como un continuo de acontecimientos que se suceden o que te vienen dados. Primero uno, después otro... Yo no sabía de huellas en el tejido neuronal ni de herencias genéticas ni de nada parecido, pero sí, que mi hermano, por las noches, tenía miedo.

Los niños son muy listos. Siempre encuentran su lugar en el mundo.

Yo sabía que la oscuridad traía monstruos que acechaban Héctor. Seguro que mi yo niña pensó que si en esa casa nadie iba a ocuparse de los miedos tendría que hacerlo ella.

Unos escasos centímetros de pared separaban nuestros pequeños cuerpos durmientes. Tan poca materia que me era fácil sentir cuando llegaba la primera pesadilla de mi her-

mano. La notaba llegar en el roce de su cuerpo contra las sábanas de franela de cuadros celestes y en la agitación del aire respirado. Nuestros cuartos eran vasos comunicantes. Gemelos univitelinos. Siameses unidos por un cerebro único.

Casi todas las noches, escuchaba el grito ingrátido de Héctor tras la pared. Luego, los veloces pasos de sus piececillos descalzos. Casi todas las noches yo retiraba las sábanas de franela con cuadros celestes y Héctor corría a tumbarse a mi lado. Los perros del vecindario ladraban cómplices. Héctor no decía nada. No era necesario. Se metía en mi cama. Recuerdo su cuerpo tembloroso y cubierto de sudor. Y las uñas que me clavaba en la piel cuando agarraba mi mano. Ahora soy yo quien siento el mismo sudor y el temblor y el miedo en la noche. Pero no hay carne en la que clavar mis uñas ni perros que me ladren ni hiedra. Yo no sé buscar refugio. A mí nadie me enseñó.

Recuerdo que mi hermano soñó con gaviotas que picoteaban sus pies bajo la sábana:

—Adri, me da miedo que las gaviotas me piquen los pies debajo de las sábanas.

—Si sacas los pies por fuera no podrán picarte.

La imaginación juega malas pasadas por las noches. A Vidal también le pasa.

—Esta cama es nuestra guarida. Nada puede pasarnos aquí.

Héctor nació nueve meses después que yo. Teníamos casi la misma edad, íbamos a la misma clase. Pero Héctor era el pequeño. Yo, la mayor. Mi madre siempre me lo decía:

—Adriana, tú eres la mayor.

Y así pasaron los años y yo siempre fui la mayor.

Cuando, de adulta, leí sobre el concepto de impronta me imaginé cómo habría sido todo si yo hubiera sido la hermana pequeña. Quizás, incluso habría tenido miedo y alguien

—¿quién?— me habría enseñado a enfrentarme a ello. Sí, todo eso lo pensé, luego lo alejé de mi mente y nunca más volví a considerarlo hasta ahora. Ahora que el miedo se me mete por los entresijos de la piel y de la carne y me recorre las entrañas.

—Imagina que viajamos en una nube. La cama es nuestra nube, Héctor. Y nosotros somos héroes. Nada puede pasar-nos en esta cama-nube. Ahora cierra los ojos. Vamos a soñar que somos héroes.

—Adri, no me sueltes la mano mientras somos héroes.

En mi cama-nube de niña ignoraba que, años más tarde, yo no sabría cómo protegerme de mis propios temores. Ignoraba que tendría un hijo vivo y que, sin que nadie pudiera evitarlo, todos mis demás hijos nacerían muertos. Tampoco sabía que mi hijo se parecería a su tío.

Los niños se durmieron aquella noche abrigados de hiedra y tejas verdes. Sus cabecitas juntas sobre la almohada de Adriana. Sus manos enlazadas. Nada turbaba sus sueños. La hiedra verde brillaba en la noche.

Pero dicen que los cuentos se los lleva el viento.

A veces, también se lleva los sueños.

2. La Frase y un brazo inerte

Hay veces que el pasado vuelve una y otra vez. Desapacible. Como el viento mueve las olas que en la orilla parecen oscilar entre dos mundos que son lo vivo y lo muerto.

Pero las consultas de obstetricia no tienen nada que ver con el mar. En ellas no hay oportunidad de impulso o resistencia si el pasado vuelve y te hostiga. ¿Cómo explicar esta sensación?

Tumbada en la camilla con la barriga al aire, dejo que el ginecólogo mire dentro de mi útero.

—Me temo que no hay latido.

Me temo que no hay latido. Hay muchas formas de decirlo. Pero, da igual. Todas significan lo mismo: Jimena está muerta.

Imagino un temporal de líquido amniótico en la consulta. Un pez plateado se retuerce fuera del agua. Sus branquias rojas, húmedas, se abren y se cierran boqueantes. Una gaviota se cierne sobre él. Yo soy el pez. Sólo a veces. Otras, soy gaviota.

—Lo siento mucho —dice el ginecólogo.

Me pongo de pie, me limpio el gel de la barriga y me abotono la camisa.

Quiero irme a casa. Quisiera no haber venido. Así cabría la posibilidad de que estuvieras viva. Ya no. Es difícil encajar de nuevo La Frase repetida tantas veces. No hay latido. He regalado una parte de mi esencia a cada uno de mis hijos y trato de recomponerme con la masa sobrante. Es difícil intentar reconstruir algo sin prever la materia de que dispondrás. Sin saber si habrá una próxima tempestad ni qué quedará para rearmarse.

—Mañana ingresáis por urgencias a las nueve. De verdad que lo siento, Adriana.

Asiento.

Salimos de la consulta.

Los cristales de la clínica están mojados. Ha llovido mientras estábamos dentro. Puede que lloviera justo cuando vi tu brazo moverse en la pantalla del ecógrafo. Estaba claro que no era un movimiento orgánico. Yo sabía que no atendía a ninguna orden neuronal de tu incipiente cerebro. Era un bamboleo lento. Como el de un pez muerto mecido por la inercia de las olas. Preferiría no haber visto tu brazo así. Ya no sé cómo borrarlo de mi mente.

No creo que jamás pueda hacerlo.

Desde entonces parece que soy yo quien está rodeada por líquido, la que se mueve sin vida. La clínica es un enorme acuario y Joki y yo somos dos criaturas no habituadas a moverse en este medio. Avanzamos con dificultad entre fango y algas. Nos llega la lentitud acústica y acuosa de las voces del resto de criaturas que se mueven, gráciles, a nuestro alrededor. Caminamos como dos autómatas. Mirando al frente. Él me agarra la mano. Las suyas son manos grandes. Fue una de las primeras cosas que me gustaron de él: sus manos grandes. Joki, que es el padre de todos mis hijos.

—¿Quieres que cojamos un taxi o prefieres caminar? — me pregunta.

—Caminar.

Tengo cuarenta y tres años y sé que la vida no tiene que ver con ilusiones. La vida tiene más de trajín y forcejeo. De aprovechar el impulso del oleaje o de resistir sus acometidas. También, a veces, solo a veces, vale parapetarse y esperar. Salimos de la clínica tras pasar por el mostrador. La documentación está preparada para el ingreso de mañana. La puerta de cristal se abre a nuestro paso.